

*E- INNOVA ARTE: LA REALIDAD,
PERCEPCIÓN SUBJETIVA Y CONSTRUCTO SOCIAL*

Carolina Martin Quiroga

Licenciada en Bellas Artes UCM,

carolinamartinquiroga@gmail.com



A lo largo de la historia, el ser humano ha manifestado una constante inclinación por descifrar, conocer y entender el mundo que le rodea. En esta búsqueda, camino de exploración aparentemente intuitivo e individual, la percepción construye un papel fundamental donde emoción y razón conectan para poder descodificar y entender la realidad a la que parecen pertenecer. Un mundo donde el reflejo y la oscuridad juegan un papel dialéctico, en el que uno no existiría sin la presencia del otro. Pues, ¿acaso la realidad tal como la entendemos es la verdadera? o, por el contrario, ¿lo real se nos presenta con confusión, duda e incertidumbre?, ¿vivimos en una realidad objetiva o en una realidad construida?, ¿nuestra identidad es reflejada con verosimilitud o está sujeta a unos valores socialmente extendidos?

Todas estas preguntas, y muchas otras que surgirán de ellas, serán expuestas a continuación. Un análisis que pretende abrir nuevas puertas al concepto de

percepción, analizando sus parámetros, sus límites y cómo todo ello influye en el propio conocimiento del ser humano.

La percepción del mundo

La existencia del ser humano ha marcado el inicio de una reflexión sobre sí mismo (como individuo), sobre los demás (como comunidad) y, sobretodo, sobre la realidad en la que se encuentra inmerso. Una realidad que no pudiendo ser objetiva, se construye en base a una serie de valores subjetivos que van a determinar la percepción que cada uno tenemos sobre el mismo concepto, y dónde dicho conocimiento, a diferencia de lo que se pudiera imaginar, no parte de la propia y característica razón humana, sino que surge de algo mucho más intuitivo y salvaje como son los sentidos.

Así, ya lo decía Montaigne en *Apologie de Raimond Sebond*: “*Los sentidos son el comienzo y el fin del conocimiento humano*”.

Montaigne, *Apologie de Raimond Sebond* en Le Breton, D. (Ed.). (2006), *El sabor del mundo: una antropología de los sentidos*. Buenos Aires: Nueva Visión, pp. 19

Y dada esta expresión podemos deducir que constituyen la parte fundamental sobre la que se basa la idea que tenemos cada uno de nosotros del mundo. Una exploración de los sentidos, que, a pesar de ser natural de la impronta del ser humano, se comporta sujeto a un poder superior construido por la comunidad, la cultura.

De esta manera, alejándonos de la idea de objetividad intrínseca en la percepción, entramos en una investigación en la que la cultura parece ejercer un papel mucho más fuerte, en el que cada sociedad establece una “organización sensorial”. Esta organización, basada en una serie de principios jerarquizados y sujetos a una ideología, determina tanto la concepción que se tiene de la realidad como la importancia que cada uno de los sentidos tiene en ese proceso de percepción. A propósito de lo mencionado, en el libro *El sabor del mundo: una antropología de los sentidos*, D. Le Breton dice lo siguiente:

“Frente a la infinidad de sensaciones posibles en cada momento, una sociedad define maneras particulares para establecer selecciones planteando entre ella y el mundo el tamizado de los significados, de existir en el mundo y comunicarse con el entorno. Lo que significa que las

diferencias no deslinden a los individuos entre sí, incluso dentro de un grupo social. Los significados que se adosan a las percepciones son huellas de la subjetividad”

Le Breton, D. (2006), El sabor del mundo: una antropología de los sentidos. Buenos Aires: Nueva Visión, pp.13

Como podemos deducir, esta condición cultural de la percepción humana crea un sentido de cohesión social, de realidad compartida, donde aquellos que no pertenezcan a esta comunidad crearán una realidad distinta que poco o nada tenga en común con la primera. Una sensación difusa se plantea como resultado, en la que nada parece estar sujeto a nada, donde del mismo modo que incurres en el reflejo, puedes verte inmerso en una

oscuridad profunda. Esta relatividad de lo real se convierte en un terreno de arenas movedizas, en la que el individuo convencido de su realidad, no es consciente de que quizá no sea más que una ilusión.



Por todo ello, la sensibilidad individual muere en el momento en el que se convive en sociedad. Todo se construye en base a una memoria colectiva, al igual que en la novela de George Orwell, 1984, donde el Gran Hermano construye y deconstruye la realidad, creando una realidad nueva donde el pasado no parece importar y el futuro está marcado. Así, la ficción propia de la novela de George Orwell se funde en una realidad creada que no parece diferenciarse tanto de la que pertenecemos.

Asimismo, una vez entendido que los sentidos forman el principio de cualquier tipo de conocimiento y que la cultura interviene en el proceso perceptivo, cabe responder a una de las cuestiones que sin casi darnos cuenta ha surgido de este primer pensamiento: ¿Existe una jerarquización de los sentidos o son todos igual de importantes?

Esta pregunta, que aparentemente puede parecer un poco ingenua, es fundamental no sólo para entender las bases fundamentales del pensamiento de una cultura, sino que sea cual sea la respuesta, ésta determinará el desarrollo de la percepción de las sociedades futuras.

Y bien, si echamos la vista atrás, podemos ver que uno de los elementos que siempre ha estado presente en la cultura occidental es la gran importancia que otorgamos a la vista por encima del resto de los sentidos.

Sin ir más lejos, la idea de reflejo y oscuridad parecen estar sujeta casi sin pensarlo a una concepción visual, donde el reflejo se relaciona con la idea de “doble”, mientras que oscuridad con la ausencia de luz.

El mundo de las imágenes

La cultura construye nuestro pensamiento, nuestra forma de concebir las cosas y nuestra manera de entender el mundo. Como hemos visto, (y he ahí la primera prueba de ello en la expresión “*hemos visto*”, como muestra de que hemos sido conocedores de algo), la vista tiene la hegemonía en un mundo occidental donde las cosas no se conocen hasta que no se ven, donde *una imagen vale más que mil palabras* y donde el desarrollo del conocimiento de los demás parte de la idea de verlo.

Así, aunque pueda parecer todo un acierto relegar el conocimiento en la mirada, no deja de ser un error más como consecuencia de los valores extendidos socialmente. Pues, la vista termina incurriendo en distorsiones, en reflejos y en unos conocimientos que se acercan a la oscuridad. Nietzsche, en relación con la percepción del mundo, manifestaba que el hombre se encuentra encerrado en tanto que está sujeto a los límites del cuerpo y depende del mismo para desarrollar su conocimiento. En esta misma reflexión, Debord manifiesta lo siguiente:

“Allí donde el mundo real se trastrueca en simples imágenes, las simples imágenes se convierten en seres reales y en las motivaciones eficientes para un comportamiento hipnótico”.

Le Breton, D. (2006), *El sabor del mundo: una antropología de los sentidos*. Buenos Aires: Nueva Visión

Por otro lado, en esta idea del conocimiento como constructo social y no individual, la realidad del mismo modo que está sujeta a una hegemonía de la vista (en la sociedad occidental), también se ve determinada por el ámbito lingüístico de la comunidad. El lenguaje, como medio de comunicación de

la comunidad, crea una red de significados que categorizan la realidad en base a la ideología imperante. Y, por lo tanto, crea una gran diferencia respecto a la realidad que puede entenderse desde otras civilizaciones con bases ideológicas y estructuras sociales diferentes.

Así, una imagen sólo será considerada como real si está incluida dentro del lenguaje. Todo aquello que por lo tanto se escape de una definición, no será percibido ni tampoco entendido.

Aun así, no se puede establecer una jerarquización que separe unos sentidos de otros. Es cierto todo lo que anteriormente se ha comentado respecto a la relación existente entre el poder de la vista y la concepción occidental del mundo, pero también hay que tener en cuenta que este proceso de conocimientos no sólo radica de lo observado. La relación sinestésica característica del ser humano otorga un conocimiento mucho más amplio, verdadero, que conecta con la realidad de un modo más completo. En este proceso de sinestesia, los límites de los sentidos establecerían el marco de acción, y la educación crearía un patrón que condicionaría al individuo. Pero, aun entendimiento y conociendo la existencia de los límites de los sentidos, la razón no se puede entender como una herramienta de conocimiento infalible.

Como veíamos desde el principio, todo conocimiento radica de la percepción sensible y no de la razón. O en todo caso, si nos queremos referir a un tipo de razonamiento, debe de ser el de la propia experiencia, quien nos hace diferenciar lo real de las ilusiones (a diferencia del pensamiento de los antiguos filósofos griegos que entendían como un falso conocimiento aquel que partía de la experiencia sensorial). Esto se ve en la conclusión a la que llega D. Le Breton en el libro *El sabor del mundo: una antropología de los sentidos*, donde dice:

“Las percepciones sensoriales no son ni verdaderas ni falsas, nos entregan el mundo con sus propios medios, dejando que el individuo las rectifique según sus conocimientos.”

Le Breton, D. (2006), *El sabor del mundo: una antropología de los sentidos*. Buenos Aires: Nueva Visión

Con todo ello, podemos decir que la hegemonía de la vista ha generado una sociedad occidental caracterizada por una visión distorsionada e hipertrofiada del mundo que la rodea. Una especie de ilusión donde la ceguera se relaciona con la ausencia de conocimiento. Donde Edipo, quien se la provocó, se convierte en un símbolo de renuncia de dicho conocimiento.

La *castración visual* se entiende como una renuncia, y tras esa renuncia no cabe más posibilidad que una eterna oscuridad, una imagen en el espejo de la sombra. Encontrándose ahí el *Unheimlich*, lo siniestro, definido por Sigmund Freud. El cuál aparece en el momento en el que las fronteras entre la ficción y la realidad se disipan, y lo que en un principio había parecido pertenecer a la ficción cobra su máximo significado en la realidad. Una sensación que presenta su origen en la propia angustia infantil que todos experimentamos y que de alguna manera intentamos reprimir, pero que según Freud siempre está latente.

“Nada tenemos que decir de la soledad, del silencio y de la oscuridad, salvo que éstos son realmente los factores con los cuales se vincula la angustia infantil, jamás extinguida totalmente en la mayoría de los seres”.

FREUD, S. (1919). "Lo siniestro", pp. 14

Una vez más la dicotomía entre la oscuridad y reflejo parece darnos los puntos clave del funcionamiento de la mente humana y su relación con la realidad percibida. Establecemos categorías, suposiciones, jerarquizamos y ordenamos el mundo en base a nuestra propia idea de él mismo.

Sin embargo, resulta inocente pensar en la realidad como parámetro de todas las cosas que suceden, sin tener en cuenta, como consecuencia, todas aquellas realidades que sin suceder existen en el mero hecho de imaginarlas. Las imágenes, a diferencia de lo que pudiéramos pensar, están abiertas a un campo abierto de interpretaciones. Una valoración en la que influyen aspectos como la cultura y la educación de los sentidos (anteriormente explicados), pero también otros factores como la propia creatividad del individuo. Respecto a esto último, en el libro “Imágenes de la violencia en el arte contemporáneo”, se recoge una cita donde J. Rancière manifiesta lo siguiente:

“En la imagen siempre hay una desviación entre lo que muestra y lo que significa (...) una imagen no es un icono que está ahí, un dato visual, una unidad visual. No es un cuadro ni un plano (...) la imagen es siempre relación, un desvío, una separación entre una función de significación y una función de mostración, pero también una separación entre dos imágenes, entre la mostrada y otras que serían posibles. La imagen siempre es plural. La vida de las imágenes se hace con otras imágenes (...) Una imagen está muerta si está dada y se interrumpe. La imagen es siempre intervalo o una expansión. Metamorfosis, desestabilización, transformación.”

Requejo, T. (2005) *“Before i kill you: emoción/razón y realidad/ficción en la violencia”* en Bozal, V. (Ed.) *“Imágenes de la violencia en el arte contemporáneo”*. Madrid: La balsa de la medusa. Pp.128-129

De este modo, en este gran mundo de las imágenes, la interpretación de las mismas puede crear nuevas realidades, generando espejismos que nos alejan del mundo tal cual es, y nos acercan a nuevas interpretaciones de un nuevo mundo imaginado. **La catarsis cinematográfica**

Referido a esta última idea, entendiendo la imagen como un territorio que puede ser analizado desde diferentes puntos de vista, me viene a la cabeza el lenguaje visual que se desarrolla en el cine, y cómo la construcción espaciotemporal de la imagen construye una nueva percepción de lo observado.

Acostumbrados a percibir la realidad (lo visionado en la pantalla del cine) como una relación donde el espectador observa la realidad en la que se ve inmersa los actores, resultaría por lo tanto contradictorio un planteamiento en el que los papeles espectador- actor se vea alterado. Tal es el caso las películas de Andrei Tarkovski, quien nos muestra una nueva forma de entender la relación entre el espectador y los actores. Así, Fernando Baños Fidalgo en el libro *“Pensar la imagen/ pensar con las imágenes”*, dedica un capítulo a desarrollar este fenómeno:

“El espejo” no es una película sencilla, no desata emociones ni por su belleza o lirismo ni por el grado de identificación que obtenemos con las historias o los personajes (...) Ese carácter complejo-disperso-de su estructura argumental y formal es el que obliga al espectador a tomar una actitud diferente, a “distanciarse” y “contemplar activamente”.

Baños Fidalgo, F. (2014) *“El actor-espectador y el espectador-actor: contemplación, distanciamiento y catarsis cinematográfica”*. En Fernández Polanco, A (Ed.), *“Pensar la imagen/ pensar con las imágenes”*. Madrid: ed. Delirio. Pp.238-239

Así, alejándose de las catarsis que proponían los griegos, Tarkovski nos ofrece un distanciamiento que se aleja por completo del sensacionalismo temático al que tan acostumbrados estamos y que provoca en nosotros un estado de adormecimiento.

A propósito, Fernando Baños Fidalgo apunta lo siguiente:

“En el cine de Tarkovski (...) la trama aparenta ser inmóvil, ni ella ni los personajes avanzan. Esta “inmovilidad móvil” o “movilidad quieta” es la que nos impide cualquier signo de identificación, la que en conjunto nos muestra las posibilidades del ver, la que nos invita al distanciamiento, a la toma de posición, a la contemplación activa y la catarsis crítica”.

Baños Fidalgo, F. (2014) “El actor-espectador y el espectador-actor: contemplación, distanciamiento y catarsis cinematográfica”. En Fernández Polanco, A. (Ed.), “Pensar la imagen/ pensar con las imágenes”. Madrid: ed. Delirio. Pp.242

Por el contrario, el cine de Tarkovski no se acerca al planteamiento e interpretación que la sociedad extrae de la realidad. De hecho, vivimos en una reducción y simplicación de la realidad al “mundo de las imágenes”, y más aún con el desarrollo de la *Era de internet*, donde los espejismos están cada vez más presentes en una realidad más distorsionada.

La identidad como constructo social

Desde el principio de esta reflexión, uno de los temas que más me han intrigado en relación con la percepción de la realidad es la influencia que ésta ejerce en la propia construcción de la identidad y cómo la idea del “yo” es interpretado por el resto de miembros de la sociedad.

Así, en plena *Era de internet*, uno de los procesos que más preocupa al ser humano es la construcción de su propia identidad en sociedad. Una carta de presentación que hoy en día está presente a través del concepto “*selfie/selfprotrait*”. No obstante, esta mirada del autorretrato, donde cada uno construye su propia imagen ve alterada su significado por la interpretación que el resto de la sociedad genera basándose en unos valores arraigados que distorsionan y crean un reflejo erróneo de la realidad. Todo ello, se acentúa más cuando se trata del autorretrato de la mujer joven, en una sociedad con una ideología trivializante que reduce cualquier imagen a un significado sexualizado y machista. Como se muestra en “*Notes to self: the visual culture of selfies in the age os social media*” por Derek Conrad Murray.



Noorann Matties, Self portrait as my stomach, 2013